

Renaciendo bajo la lluvia

Recital de "Los Olimareños". José Luis Guerra y Braulio López (voces y guitarras) acompañados por Gustavo Fernández (flauta) Pipo Spera (bajo eléctrico), Araca La Cana (murga), Yamandú Pérez y Chichito Cabral (percusión). Viernes 18 de mayo. Estadio Centenario.

Para la gente joven la única referencia fueron sus discos, atesorados celosamente por imposibilidad de reposición y copiados cientos de veces en casetes que reproducían en forma infiel los sonidos de un pasado irrecuperable y que, de improviso, se hizo presente la noche del viernes sobre un escenario en el estadio Centenario. La multitud congregada superó todo lo visto anteriormente. ¿Cómo explicar el éxito de "Los Olimareños"? ¿Fue acaso el exilio lo que multiplicó el número de sus adherentes, ya enorme en el pasado? ¿Fue la voluntad irrenunciable de la gente de no dejarse escamotear algo que íntimamente le pertenece? ¿Es la temática de sus canciones? ¿Su forma de cantar quizá? Las respuestas a algunas de estas preguntas, en todo caso, pueden llegar a tener poco que ver con la música exclusivamente y son otras disciplinas las llamadas a interpretar este fenómeno.

Cuando José Luis Guerra (Pepe) y Braulio López subieron al escenario y comenzaron a recordar canciones que hablan del terruño natal, sus sitios, su gente, los hechos provincianos ("Isla Patrulla", "La Sencillita"), la lucha solidaria ("Rumbo", "Los Orientales") o el homenaje a los héroes del pasado histórico ("A don José"), nuevamente se instaló entre nosotros un canto sencillo y al mismo tiempo profundo y popular que en ellos tiene sus intérpretes por excelencia. Tan desacostumbrados estábamos que resultaron nuevas en sus voces esas viejas canciones, ese calor, esa "garra" (equivalente criolla del "swing" por carecer de un término más preciso en su imprecisión) que dota a sus versiones de un algo inasible pero a la vez profundo y verdadero, que las convierte en únicas e irrepitibles. Puede que su canto tenga poco que ver con academias, perfección o belleza esteticista pero sí con una tradición superviviente en el medio rural y que entronca con el canto de los payadores y cultores de géneros diversos de lo folclórico. Su belleza está más allá de lo pulcro y pulido y se apoya sobre todo en las inflexiones emotivas de la voz. No hay cantores en nuestro país que los igualen en ese terreno. A esa condición única de intérpretes se debe sumar un repertorio nacido en su mayoría del talento de Ruben Lena, un crea-

tor de estatura impar que marca a fuego el cancionero de la música popular uruguaya cuando, a comienzos de la década del 60, genera toda una tendencia letrística que entronca con la poesía popular o popularisca y la proyecta hacia sus contemporáneos haciendo del entrono local pintoresco un lugar donde se reflejan del mundo las mezquindades y grandezas. Esos elementos, sumados en "Los Olimareños", con ese toque especial que dan a la rítmica de las guitarras cuando acompañan una milonga, un candombe, un joropo o una canción murguera, les confieren un don peculiar a nivel musical que está más allá de las notas escritas sobre un papel y que, siendo una característica de las músicas populares en general, escapa al análisis de los más avisados.

El viernes estuvieron "Los Olimareños" y mucho más: 50.000 personas reunidas bajo el mismo "techo". Desde el principio, ráfagas pertinaces de una



lluvia implacable hostigaban a la platea y a los cantores que, no se arredaron y permanecieron firmes durante todo el recital (incluidos los cuatro fuera de programa del final). Nuevamente la duda que, por un tiempo, me seguirá atañeando: ¿Qué decir sobre el recital en sí? La música estuvo presente y no sólo sobre el escenario. "A don José" parecía una ola inmensa que rugía a embates regulares desde las tribunas hacia el campo. Nadie se olvidó de la letra... Todos cantaban una canción que fue finalmente rescatada y devuelta a sus verdaderos dueños: los herederos del homenajeado. Todo el recital estuvo teñido de una emotividad y un fervor que no permiten ser demasiado objetivo. Es cierto que el sonido no llegaba al fondo de las gradas, que la gente de las tribunas laterales escuchaba muy mal, que la afinación de guitarras y voces pocas veces coincidió, que los planos de los instrumentos llegaban a molestar de tan poco apropiados (una flauta por aquí que aturdí, un bajo por allá que desaparecía, se iba una voz, volvía, no se escuchaba la guitarra de Pepe, etc, etc.). Pero, después de todo, no se trataba solamente de música (como dice "Nueva República" citando un artículo aparecido en esta sección) sino de un pueblo que comienza a recuperar su memoria, sus tradiciones y sus emociones, todo lo que en definitiva le pertenece y le ha sido escamoteado durante diez años largos. Ya vendrán días en que las cosas adquieran su dimensión real y exacta. Hoy se trata de reencontrarnos y celebrar al sol (o bajo la lluvia).

Carlos da Silveira.

Mil dedos para seis cuerdas

Recital del guitarrista Eduardo Fernández
Obras de M. Giuliani, N. Paganini, L. Legnani, H. Tosar, F. Martín y J. Rodrigo
Teatro del Anglo, jueves 17

Si Ud. comenzara leyendo esta nota y en el primer párrafo dedujera que el contenido total se limita a decir que Eduardo Fernández es uno de los mejores guitarristas del mundo, yo como crítico, digamos así, me consideraría un fracaso.

Porque sería caer en lugares comunes, resultaría redundante y aburrido.

Porque el juicio o el comentario sobre un artista debe ser tratado con cautela.

Pero en fin, creo que el cuarto párrafo es más apropiado para escribirlo: Eduardo Fernández es uno de los mejores guitarristas del mundo.

En este colosal intérprete se conjugan excepcionalmente un dominio técnico absoluto sobre su instrumento, con una musicalidad serena y analítica que no conoce concesiones. Porque es ante todo un Músico con mayúscula.

Ninguna de las obras que integran el programa ofrecido en el Teatro del Anglo sirvieron para poner de manifies-

to su mecanismo sin fallas, sino que éste estuvo siempre en función de su mensaje musical, logrando así la comunicación sensible con los espectadores.

Para esta oportunidad, Eduardo Fernández estructuró, como es habitual en él, un recital de interés superior, que incluyó el estreno absoluto de una obra de Héctor Tosar, escrita por pedido expreso del instrumentista, y dos primeras audiciones, además, de obras escasamente frecuentadas dentro de la literatura guitarrística.

Comenzó con la primera audición de las Tres piezas de "Giulianate" de Mauro Giuliani, continuando con la "Gran Sonata en la mayor" para violín y guitarra de Niccolò Paganini, que el propio intérprete transcribiera para guitarra sola en forma admirable. El original de esta obra posee una escritura endiablada para la guitarra, que Fernández conserva en su adaptación. Sorprendente fue constatar la naturalidad con que sorteó cada una de esas inmensas dificultades. Es indudable que musicalmente esta "Gran Sonata" no es de gran importancia, pero el enfoque que el guitarrista da a su versión realza ciertos pasajes, sobre todo la hermosa Romanza y el Andantino Variato.

Luis Legnani fue un guitarrista virtuoso italiano del siglo pasado, que es-

cribió numerosas obras para su instrumento, todas de gran dificultad técnica, y del cual Eduardo Fernández interpretara diez de sus Caprichos Op. 20. Casualmente cuenta la leyenda que Le-

gnani tocó con Paganini la "Gran Sonata" en varias oportunidades, pero intercambiándose los instrumentos.

Uno de los puntos más altos del recital fue el Estreno absoluto de "Ghandara" de Héctor Tosar. De excelente factura, esta reciente composición muestra las características más salientes de su autor. De sólida estructura, combina momentos de arrematadora fuerza expresiva con otros pasajes de gran vuelo lírico, explorando a fondo las posibilidades tímbricas de la guitarra.

Este estreno constituye un importante aporte al repertorio guitarrístico; y la versión de Eduardo Fernández fue notable. Este intérprete es además un muy buen compositor, y esto se proyecta al enfrentarse, como intérprete, a las distintas obras, sobre todo a las contemporáneas.

El recital se completó con Cuatro hermosas piezas del suizo Frank Martín y las Tres piezas españolas de Joaquín Rodrigo, además de la danza del Sombrero de Tres Picos de Manuel de Falla que ofreciera fuera de programa en virtud de los cálidos aplausos que coronaron su actuación.

En suma, y completando lo del título, Mil dedos para seis cuerdas, pero por sobre todas las cosas, la Música.

Fernando Condon

¿Le interesa leer un libro, cualquier libro, por N\$ 16?

Envíe el cupón a: "Club 25", 18 de Julio 1248

Nombre

Apellido

Domicilio

Teléfono

Club 25